Una comunidad que muestra integridad en la fe: el testimonio del párroco de Gaza

Durante el mes de mayo, la franja de Gaza ha sido el escenario de terribles bombardeos que han perturbado la vida de sus dos millones de habitantes y de la pequeña comunidad cristiana que vive allí.

La ya frágil economía de este territorio se está viendo afectada por la destrucción selectiva de edificios, escuelas y oficinas, lo que ha hecho retroceder varias décadas a Gaza en materia de infraestructuras.

Este clima de destrucción también repercute negativamente en el progreso de los proyectos promovidos localmente por la Orden del Santo Sepulcro, que a lo largo de los años ha contribuido generosamente a apoyar la escuela del Patriarcado latino, a promover prácticas laborales activas y políticas de fomento del empleo, y a renovar la casa de las Hermanas del Rosario.

En toda la franja de Gaza hay una comunidad cristiana muy pequeña, formada por unas 1.200 personas, de los más de dos millones de habitantes; de este gran millar de cristianos, apenas el 10% son católicos. Se trata, pues, de una presencia en peligro de extinción, amenazada por la guerra y por las condiciones estructurales y el contexto actual que hacen insoportable el mantenimiento de esta minoría en este territorio, pero que, a pesar de todo, sigue viva gracias al apoyo de los religiosos del lugar y de los numerosos benefactores de fuera de la franja de Gaza que, a través del Patriarcado latino de Jerusalén, consiguen hacer más digna la vida de estas piedras vivas de Tierra Santa.

Nos hemos puesto en contacto con el párroco de la Iglesia de la Sagrada Familia de Gaza, el P. Gabriel Romanelli (IVE), que nos ha dado su testimonio y nos ha explicado cómo ha cambiado la vida en los últimos días.

Antes del estallido de las hostilidades, nos dijo el padre Gabriel, se creía que Gaza estaba saliendo de la emergencia pandémica, lo que suponía la vuelta a una vida relativamente normal. El inicio del conflicto tomó a todos por sorpresa, destruyendo los esfuerzos realizados hasta entonces, mientras los jóvenes estaban a punto de volver a la escuela y, a nivel parroquial, ya se habían reanudado las actividades recreativas (la iglesia de la Sagrada Familia cuenta con diez grupos parroquiales muy activos).

Durante la primera semana de bombardeo, los fieles no pudieron acudir a la iglesia debido a las restricciones de movilidad. Sin embargo, el párroco y su vicario pudieron salir excepcionalmente a visitar y aliviar a los miembros de la comunidad cristiana que más ayuda necesitaban -sobre todo los ancianos- llevándoles alimentos y medicinas, y pudieron visitar a las Hermanas del Rosario que dirigen la escuela más grande de toda la franja de Gaza. Esta escuela no ha sido objeto de bombardeos, ya que las autoridades de ambos bandos han asegurado que nunca tocarían las estructuras cristianas, ya que son lugares que no tienen nada que ver con la política ni con grupos militares o paramilitares. Sin embargo, todo el complejo en el que se encuentra la escuela se ha visto muy afectado, ya que está rodeado de lugares y objetivos sensibles, que son objeto de fuertes ataques. Las monjas, en cualquier caso, se encuentran bien y continúan su incansable labor de oración por el fin de las hostilidades.

Durante la primera semana del conflicto, muchas familias cristianas perdieron sus casas, destruidas o dañadas colateralmente por las incursiones israelíes, y se vieron obligadas a refugiarse en casa de amigos o familiares, con todos los inconvenientes de los continuos bombardeos y las restricciones a la movilidad. Sin embargo, fue posible reabrir las puertas de la parroquia después de ocho días, dando así la bienvenida a seis familias que han hecho revivir milagrosamente la parroquia y han encontrado un oasis de paz. Un milagro, dadas las circunstancias. Lo que más nos llama la atención, dice el sacerdote argentino, el P. Gabriel, es el entusiasmo de los niños que, en este contexto, están pagando quizás el precio más alto.

Una niña, acogida en los locales de la parroquia con su familia, al amanecer de un nuevo día de bombardeos, confesó al párroco que por fin había conseguido dormir por la noche, dando gracias al Señor Jesús por su protección. «Lo dijo con una ternura increíble, un signo que denota una gran fe».

Como ella, otros muchos cristianos manifiestan su integridad en la fe; nadie ha vacilado en este momento dramático, hasta el punto de que esta pequeña pero irreductible comunidad cristiana, que incluye también a los fieles ortodoxos que suelen asistir a los servicios católicos, es un ejemplo incluso para los religiosos y para el sacerdote. «Aprendemos mucho de ellos, de su fuerza y su sencillez evangélica [...], nos enseñan mucho sobre la fe, rezan incansablemente». Durante todos esos días bajo las bombas, los fieles no han dejado de rezar y pedir la comunión. Por su parte, el sacerdote nunca los ha abandonado, se ha puesto en contacto con ellos, les ha tendido la mano y les ha prestado ayuda espiritual, moral y material.

El P. Gabriel siente que está recibiendo un gran apoyo, incluso desde fuera de este enclave, de los muchos cristianos repartidos por el mundo que se acuerdan mucho de Gaza en sus oraciones, especialmente las Damas y Caballeros del Santo Sepulcro, que nunca han dejado de apoyar, en todos los sentidos, a este cuerpo sufriente que reclama ayuda.

Por último, el sacerdote nos pidió que recemos por la paz y por la justicia, su ineludible fundamento natural, para que se iluminen los corazones de los hombres que, «si tienen la capacidad de hacer la guerra, también tienen la capacidad de hacer la paz».

Filippo de Grazia

(Mayo 2021)